



LA ALPUJARRA

Paloma de Roda

La Alpujarra es un largo valle situado entre Sierra Nevada y la cadena costera; la zona oriental, mucho más amplia y abierta, tiene como centro Ugíjar; la zona occidental, rodeada de montañas, está centrada en torno a Orgiva. Albuñol, más cerca de la costa, representa junto con los anteriores pueblos la organización y la administración de esta región. A lo largo de estos caminos que, hasta hace poco tiempo, había que recorrer "a lomo de mula" se extienden toda serie de poblados escalonados en las laderas de las montañas: estas casas blancas, cubiertas con terrados de launa y que se agrupan formando conjuntos cúbicos, enlazan directamente con la arquitectura popular del norte de Africa. Y es que en la Alpujarra la influencia morisca se manifiesta constantemente: parece ser que fueron los moriscos más fieros los que poblaron esta región. Tuvieron una gran fama como horticultores y se dedicaron entre otras cosas a la industria de la seda; en los tejidos alpujarreños, en sus cultivos y en algunas canciones que actualmente se mantienen, se puede ver la huella de estos pobladores:

*La rubita española no quiere
el negrito de esposo tomar
y el negrito de pena se muere
que un lirio parece de tanto llorar.
Con la plata la pena se mata
con el oro se busca el placer
con el cobre se come y se vive
y olé por la niña que sabe querer.*

La Alpujarra es una tierra fértil en donde, según nos dijeron, se come y se vive de lo que se trabaja, de lo que se obtiene del propio suelo; son poblados a los que prácticamente podría definirse como autosuficientes, ya que únicamente el pescado fresco, la quincallería y los tejidos de algodón, traen de fuera.

Ellos mismos tejen y tiñen sus paños de lana, sus mantas de algodón, sus pañuelos de seda y sus colchas. Pero, realmente, la vida en la Alpujarra gira en torno a los trabajos del campo: el crecimiento de las plantas, la fertilidad del ganado, la siembra y la recolección, determinan toda una serie de manifestaciones populares, fiestas y romerías.

El calendario aldeano puede decirse que empieza con el Carnaval, con toda una serie de ritos que simbolizan el entierro del año viejo. Durante cuatro días y cuatro noches se vive "a base de alegría"; la gente se reúne en los

cortijos, los hombres charlan con animación y espontáneamente surge la copla. Es el "trovo", una especie de coplas alusivas entre dos personas, y cuya dificultad estriba en ser más rápido e ingenioso que el "contrincante"; con el trovo se habla de una "pila de cosas", pero puede terminar en pelea, porque "en cuanto uno se bebe cuatro o seis faroles, allá va la copla, pegue o no pegue", por eso hay que tener cuidado de "no sacar los pies del tiesto y empezar a faltar". Dicen que hay días para el trovo, pero que es en carnavales cuando se improvisan estas coplas con más alegría en los cortijos alpujarreños; que en estos días "se gastan los cuartos que es un contento, pero se pasa bien, bien con salero".

Y es que en la Alpujarra hay mucha alegría y mucho vino: las familias que poseen viñas elaboran ellas mismas su propio vino, para lo que tienen acondicionada una parte de la casa a modo de bodega, con el lagar en la parte superior. La recogida de la uva tiene lugar en octubre y acuden gentes de varios cortijos para transportar la uva en capachos sobre mulos hasta el lagar.

Para que la uva se aproveche bien, la pisa debe ser fuerte y realizada por hombres de pisado duro y calzados con alpargatas. El vino va cayendo a través de un canal a las cubas, que suelen ser de roble; el vino de Albuñol, de un "bouquet" especial, sigue un tratamiento diferente.

La alegría de carnavales se transforma en silencio durante la Semana Santa. A partir del Domingo de Ramos nadie canta ni grita. La noche de Jueves Santo se celebra una procesión hasta el Calvario, situado entre olivos: la figura de Cristo crucificado es llevada por gentes del pueblo y, en cada parada, se entona una copla triste. La procesión del Viernes Santo es mucho más lúgubre: el cuerpo muerto de Cristo es llevado en un ataúd de cristal por las calles del pueblo; durante la noche no cesan de entonar saetas a lo largo del viacrucis, en el que cada persona lleva su antorcha. En muchos pueblos se conserva la costumbre de "quemar a Judas" el Sábado Santo: se trata de un pelele colgado de un árbol, que revienta "de rabia" en el momento que resucita Cristo. Es también el Sábado Santo cuando las mujeres recogen de los riachuelos piedras y guijarros que preservarán al pueblo durante todo el año de males y tormentas.

El momento más dramático de la Semana Santa alpujarreña tiene lugar el Domingo de Resurrección: la Virgen, al encontrar la tumba abierta y vacía, sale de la iglesia en busca de su hijo. Al amanecer, la figura de Cristo había sido llevada al otro extremo de la aldea para preparar el "encuentro". Al niño se le representa como un joven con vestidura verde, coronado con hojas y con un ramo de flores en la mano derecha y una gavilla de cebada en la izquierda: simboliza a los dioses que han muerto para que los cereales vuelvan a brotar.

En la plaza se espera con gran expectación el encuentro de las dos figuras. Se tiene ya medido el tiempo para que coincidan, y es en este momento cuando el manto negro de la Virgen cae, dejando ver con todo su esplendor el traje azul del que caen montones de rosas en el momento del saludo. Entran la Virgen y el Niño, juntos, en la iglesia; se canta el "aleluya", suenan latas, panderetas y trompetas, y en algunos pueblos, como Albuñol, se representa al mismo tiempo la quema de Judas.